



**HOGARES DON BOSCO**  
**FORMACIÓN CRISTIANA**

**ETAPA III**

**UN SACRIFICIO AGRADABLE**

**VII Congreso Internacional de María Auxiliadora  
(Agosto 2015)**

*Don Roberto Carelli*

## 6. Un sacrificio agradable a Dios

### ORACIÓN

Ponemos nuestra reunión en manos de Dios, rezando un Padre nuestro

Don Roberto Carelli

Volvamos una vez más al episodio de la Presentación en el templo. Ya lo hemos considerado como **encuentro de vocaciones y de misión**, recogiendo la invitación a valorar las diferencias en vista de la comunión. Lo hemos considerado también como **encrucijada del género, de la generación y de las generaciones** para aprender a vivir en familia en un ejercicio continuo de alabanza y bendición.

Ahora queremos considerarlo en su profundidad de **acontecimiento sagrado en el que se consume un sacrificio**. Servirá para rescatar la idea de sacrificio de la ambigüedad acumulada en la historia de las religiones, del olvido al que la sociedad secular lo condena, y para comprenderlo como la dimensión del amor a la que los afectos humanos son atraídos en la santidad de Dios.

Esta reflexión es capital, porque es verdad que se hace todavía familia y se edifica la casa, pero **la mentalidad corriente se inspira en el ideal del individuo y de su bienestar**: disminuye la responsabilidad de los vínculos familiares, y en consecuencia también la disponibilidad a los sacrificios del amor. **El imperativo de hoy es el goce; el sacrificio se ha vaciado de sentido**: Hoy en día no se siente uno cohibido por la ley que limita el deseo, sino que se camina perdido porque la ausencia de la ley convierte en locura la experiencia del límite, de la renuncia, de la espera. Esto produce, en consecuencia, hombres y mujeres que no saben amar porque no saben sufrir: han perdido la conciencia de que el amor es siempre “pasión”, es decir, satisfacción y herida, plenitud y carencia! La consecuencia en campo educativo, bien conocida, es una **pedagogía hiperprotectiva y antitraumática** dominada por los imperativos, puntualmente frustrados, de “ser uno mismo” y de “evitar los conflictos”. La idea ingenua de que el crecimiento es algo lineal, donde la ley y la herencia de los padres no es, en el fondo, relevante, lleva a la pérdida del sentido del límite y del sentido de responsabilidad. Todo ello produce sujetos débiles, al mismo tiempo ansiosos y apáticos, no ya creativos y rebeldes como sus padres, sino conformistas y resentidos, sin leyes pero escasamente libres, y, en fin de cuentas, menos capaces de afrontar las realidades y decidir por sí mismos.

También los obispos, resumiendo las reflexiones del Sínodo sobre la condición actual de la familia, denuncian el individualismo como el primer mal actual: aun admitiendo una mayor libertad de expresión y un mayor reconocimiento de los derechos de las mujeres y de los niños, “hay que tener igualmente en cuenta el reciente peligro que representa **un individualismo exasperado que desnaturaliza los lazos familiares** y acaba por considerar a cada componente de la familia como una isla, haciendo prevalecer la idea de un sujeto que se construye según los propios deseos considerados como un absoluto”

Conscientes de esta situación, volvamos a la escuela del Evangelio, al templo de Jerusalén, donde María y José presentan a Jesús y donde Simeón y Ana lo reconocen como luz y salvación de Israel y de las gentes. Allí comprenderemos que **en el don de sí, amor y sacrificio son una misma cosa, y que esta es la verdad que se realiza y se aprende en nuestras casas, en las de Dios y en las de los hombres**: en ellas el amor no se reduce a sentimiento humano y el sacrificio no se vive como algo deshumano, en ellas el amor se hace sacrificio y el sacrificio es, por lo general, sacrificio de amor.

La Iglesia, con la ayuda de la Carta a los Hebreos, se sitúa en el corazón del misterio cristiano: **el Hijo se hace Siervo, el Amado es el Crucificado, el Sagrado es sacrificado**. Es una convicción enraizada en las entrañas más profundas de la Iglesia: **sin sacrificio no hay amor, y sin amor no hay auténtico sacrificio**. En efecto, a Aquel a quien el Padre reconoce como Hijo, lo constituye como principio y heredero de todas las cosas y “lo introduce como primogénito en el mundo”

(Heb 1,1-6), “lo vemos ahora coronado de gloria y honor por su pasión y muerte” (2,9). El Amado es sacrificado, y nosotros somos justificados por su sacrificio. Y es más, tal sacrificio, en cuanto realiza el amor de Dios en forma humana, “perfecciona” al Hijo: “convenía que aquel, para quien y por quien existe todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación” (2,10), y así Jesús, “¡aun siendo Hijo, aprendió sufriendo, a obedecer” (5,8)!

Volviendo al texto de la Presentación, notamos que ya el versículo inmediatamente precedente introduce la perspectiva de una oferta y un sacrificio orientados a la pertenencia y a la salvación de Dios: el Hijo es sometido al rito de la circuncisión, que lo convierte en “propiedad de Dios”, y se le impone el nombre de Jesús, designándole así como “Salvador”. Aquí aparece con claridad el significado de todo verdadero sacrificio: **una herida que sanciona una alianza**, una consumación en vistas de una comunión, un gesto humano asumido en la esfera de Dios. En él, el creyente reconoce que **todo procede de Dios y a Él vuelve, que todo y solo lo que es dado por Dios, es salvado, mientras que todo lo que se retiene, al fin se pierde**. El sacrificio, además de un gesto de amor, es un signo de valor y de victoria sobre los miedos, es un acto de fe en la potencia y bondad de Dios, es renuncia a contar con las propias fuerzas o a desesperar por las propias debilidades.

Consideramos ahora que **Jesús es llevado al Templo**, lugar en el que se ofrecen sacrificios a Dios y se entra en comunión con Él. De pequeño es llevado allí, de joven allí se le encontrará, siendo adulto predicará asiduamente en él, sus palabras en el Templo serán motivo de su condena a muerte, pero precisamente así, en su Cuerpo entregado y en la Sangre derramada, se sellará la nueva y eterna Alianza. **Allí donde la estructura del viejo Templo proclamaba “separación”, Jesús, como nuevo Templo, realizará la “reconciliación”**. Se necesitaba, porque el Templo estaba lleno de barreras: el “Santo de los santos” era el espacio reservado exclusivamente a Dios. El “Santo” solo era accesible a los sacerdotes. Y había además otra zona a la que podían acceder los varones hebreos, más no las mujeres. Y finalmente había otra zona reservada a las mujeres y otra a los paganos. ¡Con Jesús ya no será así! La entrada del Niño Jesús en el Templo lo prefigura como Sumo Sacerdote, como el que lleva Dios a los hombres y los hombres a Dios: el ofrecimiento del “Niño” por parte de María indica al hombre que debía asemejarse en todo a sus hermanos para representarles ante Dios (Heb 2,17), el reconocimiento del Niño como “salvación de Israel y de las gentes” de parte de Simeón revela su origen divina y su misión mesiánica: en Pascua, cuando el corazón de Jesús y el velo del templo se rasguen, todo se hará nuevo. Se derrumbará el régimen de la Ley y surgirá el de la Gracia: todos tendrán acceso a Dios, el Inaccesible. Y caerán las barreras entre los hombres: ya no habrá más “judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, ni hombre ni mujer, porque todos serán uno en Cristo” (Gál 3,28).

¿Más por qué los sacrificios comportan siempre una herida, física o ritual, psicológica o espiritual? El motivo es la realidad del pecado y del desamor: como el pecado es la rotura de los lazos de amor, así la reconciliación es el precio del amor. Por eso, en todas las religiones **el sacrificio tiene siempre una dimensión de expiación del pecado**. Por consiguiente, **el sacrificio es sustancialmente amor, pero en concreto es dolor**, porque en él el amor se hace totalmente cargo del otro, de su bien y de su mal. Y, en efecto, el gesto de la Presentación en el Templo consistía en un rito de “purificación”, y comportaba el sacrificio de un “par de tórtolas o dos pichones” (Lc 2,22-24). En cuanto a Jesús, Ana ve en Él al “Redentor” tan esperado (2,38), y Simeón declara que “este ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten y será como un signo de contradicción, para que se pongan de manifiesto los pensamientos de muchos corazones (2,34-35). El carácter purificador y expiatorio de este episodio evangélico, se resalta grandemente e la Liturgia. En la Misa de la Presentación, por ejemplo, se lee el pasaje del profeta Malaquías que presenta al Mesías como aquel que purificará a Israel y lo hará capaz de ofrecer sacrificios finalmente agradables a Dios: “Es como un fuego de fundidor, como lejía de lavadero. Se sentará como fundidor que refina la plata; refinará a los levitas y los acrisolará como oro y plata, y el Señor recibirá ofrenda y oblación justas” (Mal 3,2-3). Y luego, citando el pasaje de la Carta a los Hebreos en la que Jesús, como sumo sacerdote, se hace en todo semejante a los hermanos dice “y para expiar los pecados del pueblo” (Heb 2,17). Más explícita aún es la oración sobre las ofrendas: la Iglesia “ofrece con alegría el sacrificio del único Hijo, Cordero sin mancha, por la vida del mundo”. Todo invita a **recuperar el valor salvífico del dolor**, la importancia de vivir las pruebas, para reparación de los propios pecados, a llevar las cruces no como contratiempo sino como oportunidad, a abrazarlas

antes que rechazarlas, a vivirlas como ofrecimiento por la salvación de las almas. En la vida cristiana no están en primer plano las palabras y las obras: ¡no hay nada más eficaz que la oración hecha con fe unida al ofrecimiento de un sacrificio!

Pero la dimensión más calificativa del sacrificio es su carácter **de acción de gracias y de ofrecimiento**. En el gesto de María y José que llevan Jesús al Templo de Jerusalén “para ofrecerlo al Señor” y “consagrarlo” a Él (Lc 2,22-23) está prefigurada **la dinámica eucarística de la vida de Cristo y del cristiano**. Es cierto que para nosotros se presenta incomprensible y solo puede vivirse después de la Pascua y a partir de ella. Por lo demás, los mismos evangelios de la infancia se escriben y se comprenden a la luz del acontecimiento pascual. En este sentido, la profecía de Simeón anticipa la identidad y la misión del Niño, que después hallará plenitud y cumplimiento en la Pascua. El significado y el valor de su nacimiento viene dado por el significado y por el valor de su muerte, y no al revés. En este pequeño, la salvación de Dios se ha hecho carne, se pudo finalmente ver y tocar: al menos Ana y Simeón lo saben bien. Su pequeñez y fragilidad, su ser herido, ofrecido, expuesto ya desde ahora a la muerte, es como un “prólogo en la tierra” a su Pascua, del mismo modo que su eterna generación del Padre es el “prólogo en el cielo”. Todo hunde sus raíces en el misterio de su ser “el” Hijo, Aquel que se recibe y se entrega totalmente al padre, y por el padre es recibido y entregado. **Aquí reside el sentido primero y último del sacrificio: la entrega de sí mismo por la liberación del mal y la plenitud de vida de los demás**. ¡Aquí se comprende que el sacrificio, entendido como ofrecimiento incondicionado de sí, no es solamente el remedio de nuestros males, sino la revelación del corazón de Dios! En efecto, la Eucaristía es sacrificio de comunión, banquete sacrificial y banquete nupcial, existe “para remisión de los pecados”, pero sobre todo como “alimento de vida eterna”. En Jesús, que ahora es entregado por María, después por el Padre, y que a su vez, se entrega en perfecta obediencia filial, se comprende que **Dios no quiere nuestras cosas, sino a nosotros mismos: este es el único sacrificio agradable a Dios**. Aquí se encierra todo el sentido de la misión de Jesús: “tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, pero me formaste un cuerpo. Entonces yo dije: he aquí que vengo – pues así está escrito en el comienzo del libro acerca de mí– para hacer, ¡oh Dios!, tu voluntad” (Heb 10,5-7). Así pues, **igual que en la Eucaristía el ofrecerse a sí mismo y consumarse por el otro, es la máxima expresión del amor, del mismo modo, en la familia, el sacrificio no infunde miedo, porque es movido por el amor**. ¡En la casa natural que es la familia y en la casa sobrenatural que es la Iglesia, somos iniciados en el Amor, nos preparamos a habitar en la casa del Padre, a morar en el corazón de la Trinidad!

Finalmente, igual que la Eucaristía no es solo el sacrificio de Cristo, sino también el sacrificio de la Iglesia, así a la profecía del Hijo como “signo de contradicción” corresponde la profecía dirigida a la Madre: “Y a ti misma, una espada te traspasará el alma” (Lc 2,34-35). **La Pasión de Jesús no existe sin la compasión de María**. Por esto la Madre entra en el Templo gozosa y sale dolorosa, porque todo ofrecimiento es una renuncia, y toda comunión es una consumación. ¡Ella será la primera, al pie de la cruz, en estar involucrada en el ofrecimiento de sí misma hasta la consumación! ¡No basta que Ella ofrezca al Hijo! ¡Al ofrecimiento del Hijo va unido el ofrecimiento total de sí misma! Pero, precisamente por esto, después de haber sido madre de Dios, se convertirá en madre nuestra. Y así, gracias a Jesús y a María, también nosotros aprendemos **a afrontar la medida de muerte que el amor auténtico lleva siempre consigo**. Todo ello está admirablemente resumido en el Prefacio de la misa dedicada a María en la Presentación: “un único amor une al Hijo y a la Madre, un único dolor los une, una sola voluntad les mueve: agradarte a ti, único y sumo bien”. ¡Padre, **enséñanos a “ofrecer nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo y agradable a Dios: sea este nuestro culto espiritual”!** (Rom 12,1).

## PARA DIÁLOGO

Leemos nuevamente el tema subrayando los que más nos llama la atención y lo comentamos en grupo.

¡Oh María, Virgen poderosa!

¡Oh María, Virgen poderosa!

¡Tú, eficaz y potente defensa de la Iglesia;

Tú, maravilloso auxilio de los Cristianos;

Tú, terrible como un ejército en orden de batalla:

Tú sola has destruido todas las herejías en el universo mundo!

Defiéndenos del enemigo en las dificultades, luchas y necesidades de la vida  
y en la hora de la muerte acoge nuestra alma en el Paraíso!

*Amen*